

PREGON DE SANTA CATALINA PATRONA DE JAEN

Il'tma. Sra. Teniente de Alcalde, delegada de Cultura y Festejos del Excmo. Ayuntamiento de Jaén. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Real e Ilustre Cofradía de Santa Catalina de Alejandría, patrona de Jaén. Cofrades de la Hermandad. Señoras, señores:

Cuando tan solo resta un mes para que repiquen, en la espadaña del corazón, las alegres campanitas de la Navidad, nos reunimos en este entrañable teatro jaenero que aúna, a partes iguales, pequeñez con solera, intimidad y belleza, para recordar lo que ha sido, es y será la festividad de Santa Catalina, la patrona más antigua de nuestra ciudad.

Quiero agradecer a mi presentadora, brillante pregonera del pasado año, las cosas tan hermosas que ha dicho de mi y que, estoy convencido, no responden a la realidad, pues ninguno de nosotros es tanto como solemos creer, ni tan poco como piensan algunos que nos quieren mal. Por cuanto les ha relatado de mi, parece que ella me quiere bien, lo cual es digno de agradecer. Muchas gracias por tus palabras Cristina. Es un honor recibirlas pues proceden de una mujer valiosa, que trabaja, sin descanso y con evidente acierto, por la cultura y las fiestas populares de nuestro Jaén. Sus logros al frente de la concejalía demuestran su sensibilidad y su capacidad de gestión. Tan solo recordar la actual grandeza de nuestro *Festival de Otoño* que en muy pocos años se ha situado ya a la altura de otras ciudades españolas con más tradición y posibilidades. Gracias de corazón por cuanto has dicho. Ha sido un honor para mi escucharlo.

Fue *Rafael Cañada* quién me insinuó la posibilidad de pronunciar este pregón, refrendada en días posteriores por la Junta de Gobierno. Desde un primer momento acepté por ser él quien me lo pedía. Rafael es un hombre de ideas claras, con decidida vocación de investigador. Admiro su incansable permanencia en los archivos desentrañando las genealogías de los apellidos jaeneros y rescatando de los anaqueles centenares de documentos, amarillentos, olvidados y menudos, que sin embargo son esenciales para reconstruir nuestra historia pretérita. Pero no

solo acepté por él, sino porque se trataba de pregonar la fiesta principal de esta Cofradía tan arraigada en nuestra ciudad, cuyo origen es remoto, aunque la moderna Hermandad sea bastante más joven. Espero no defraudar la confianza depositada en mi por la Junta de Gobierno que ahora preside *Juan Antonio Rubio*, hombre de experiencia dilatada en las Hermandades de Gloria, y que tan buena labor está realizando. Así que aquí estoy para hablarles de una de las dos patronas de nuestra tierra jaenera. A la otra, la Stma. Virgen de la Capilla ya la pregoné, hace dieciséis años, en una de mis primeras intervenciones públicas. Que nuestra Madre celeste Capilla y, la santa, virgen, mártir y sabia Catalina, bajo cuyo doble patronazgo se acoge la ciudad donde nací, me iluminen en este trance para mayor gloria de Dios y de la fe que profesamos.

De santa Catalina a Navidad, un mes cabal, reza el refranillo popular que también dice: *Por Santa Catalina el frío se afina*, que preludia los futuros rigores invernales; esos relentes y tiriteras sentidos muchas mañanas neblinosas de romería cuando, cobijados entre unos pinos blancos de rocío de la madrugada, hemos debido echar al colete con urgencia, para entrar en calor, un buen trago de anís jaenero, paseando nerviosos en torno a la lumbre, mientras aguardábamos la llegada de la comitiva romera que ya subía hacia el castillo, por la revueltas de Caño Quebrado, al son de la música, sembrado de flores el trono de la santa, escoltada por el amor y pasión de sus cofrades. Del mismo modo, algunos labradores piensan que, si en este día de Santa Catalina abundan las nieblas será un claro indicio de un Enero lluvioso y un futuro año de bienes para los campos de olivos y cereal. Por último cabe citar un jaenerísimo refrán que reza: *Por santa Catalina todo el aceite tiene la oliva*, que hace referencia al avanzado estado de madurez del fruto bendito de esta tierra que pronto rebosará, preñado de buenos aires, ahíto de frescas aguas oceánicas, en lienzos, capachos, cribas, cestas, cubas y tractores, hasta ser conducido a la almazara donde se extraerá el óleo de la vida; bálsamo de la cultura y de la paz; crisma santo con que se unge a diario la frente del buen habitante de esta tierra de bien; ese olivar que es nuestra riqueza mayor; pasado, presente y también, futuro primordial de nuestro pueblo.

Aceite de Jaén: el fruto del sagrado bosque de olivos que rodea la ciudad y cuya cosecha será avareada a partir de la Concebida, a la manera tradicional, tan popular, tan añosa, tan nuestra; mientras un enorme trájín bulla por los campillejos de los olivares, escarchados de sol y de rocío del alba, y suenan por el tajo los tantanes inconfundibles de las varas golpeando con precisión las ramas, cuajadas de fruto, con un ágil contrapunto de voces, requiebros y risas de los aceituneros y sus antiguas coplas de faena: *El que tiene un olivar y no le cava los pies es como el que tiene novia y no la sabe querer*. O aquella otra que dice: *Los ojos de mi morena ni son chicos ni son grandes, que son como aceitunas negras de olivaritos gordales*, aires jaeneros que quizá ya no se entonen demasiado en la aceituna, pues los tiempos han cambiado, pero que están, sin embargo, presentes en nuestro recuerdo, en una época en que es otra la propia concepción de la faena agrícola, y otras, por supuesto, las relaciones amorosas y afectivas entre los humanos, aunque el amor se mantenga incólume porque es sentimiento eterno.

Catalina de Alejandría: la mártir del testimonio. Poco queda por contar de nuestra Santa Patrona a la que han exaltado desde esta misma tribuna prestigiosos oradores, eruditos, historiadores, literatos y poetas, hasta tal punto de hacerme muy difícil el reto de hablar con solvencia de ella ante vosotros, pero yo espero cumplir mi misión con la ayuda de Dios y la intercesión de la Santa, a la que me he encomendado mientras escribía lo que os digo para que iluminara mi mente, como ahora hago para que aclare mi voz y conceda lucidez a mi pensamiento, y, así, poder glosar, convenientemente su figura; relatar todo lo que su patronazgo ha significado durante siglos para nuestra ciudad.

El nombre de pila de la patrona, Catalina, procede de un vocablo griego: *Hecateria*, una antigua divinidad; madre protectora a la que atribuían la guarda de los nacimientos y del hogar. Catalina de Alejandría, fue una hermosa princesa a la que algunos suponen hija del rey siciliano Costo que nació en esa gran metrópolis del Mediterráneo oriental a finales del siglo III después de Cristo.

Alejandría, su patria natal: la megapolis de la cultura antigua fundada por Alejandro el Magno, rey y conquistador macedonio, tres siglos

antes de Cristo y construida por el arquitecto griego Dinócrates. Alejandría: cuna del helenismo, foco de sabiduría y de ciencia, como la luz de su faro portuario una de las siete maravillas del mundo antiguo, abierto al Mare Nostrum, el mar de las culturas humanas. Alejandría: ciudad donde prendió con fuerza el cristianismo, transmitido, según una vetusta tradición, por el evangelista Marcos.

Alejandría; arquetipo histórico y cultural, punto de encuentro, crisol de mundos diversos, donde tuvo lugar la fusión del judaísmo, el helenismo y los viejos saberes místéricos egipcios. Su famosa biblioteca, de la que se dice llegó a tener más de medio millón de pergaminos que versaban sobre los temas más variados, se gestó gracias al rey *Tolomeo I* quien donó al sabio, *Demetrio de Falerón*, un enorme presupuesto para que, mediante compras y transcripciones, hiciera de la ciudad un gran museo de la cultura en el que estuvieran reunidos toda la sabiduría de la época, todos los libros existentes, entre los que se contaban, anales sagrados egipcios y un compendio del saber griego, babilonio, persa y judío, incluso escritos budistas, pues como menciona el Padre de la Iglesia, *Clemente de Alejandría*, también llegaron misioneros budistas a aquel lugar mediterráneo, emporio de pensamientos. En Alejandría tiene lugar la decisiva traducción de la Biblia hebrea al griego, que conocemos como *la de los LXX*, pues, cuenta la tradición, fueron setenta sabios los que la hicieron posible, y en Alejandría, asimismo, tiene lugar la genial síntesis que hace el sabio *Filón*, entre helenismo y judaísmo, iniciándose una lectura alegórica del Libro sagrado para demostrar que las ideas de la filosofía griega estaban ya anticipadas en las escrituras hebreas. En este ambiente surgen las primeras escuelas catequéticas cristianas, merced a Orígenes y al citado Clemente, que inician la Escuela de la ciudad que tanta trascendencia iba a tener en el mundo religioso y cultural de la época, y que pronto se transformó en la primera Universidad de la antigüedad cristiana.

Éste era el marco ambiental en el que naciera nuestra patrona, en un hogar de noble estirpe. Vino al mundo rodeada de riquezas, pero, desde corta muy edad, desarrolló un profundo amor al estudio, las letras y la oratoria, hasta tal punto de convertirse en una sabia y docta mujer, lo que le ha valido ser considerada más tarde como patrona de las estudiantes

femeninas. Por ello, además de su patronazgo, lleva su nombre un centro de enseñanza local: el *Instituto de Enseñanza Secundaria, Santa Catalina de Alejandría*, que nació como Instituto femenino en recuerdo a ésta mártir que apadrina la ciudad de Jaén. Ella, patrona de los estudiantes cristianos en una época en que se pretende expulsar, con violencia de palabras y gestos, con tajante intolerancia, a Dios, de las escuelas y, también de nuestras vidas, aunque quienes perpetran dicha felonía no saben lo difícil, lo imposible que resulta desarraigar la religión de un corazón humano, pues ahí late Él desde el comienzo de la vida, de Él procedemos y nuestra secreta aspiración es reunirnos con Él. Lo escribió San Agustín en sus Confesiones: *Inquieto está nuestro corazón, Señor mientras no descanse en ti*

La religiosidad es algo connatural al hombre y han fallado siempre los esfuerzos por despojarlo de la misma. Así que, vano intento, no lo conseguirán. Miríadas de personas hablaron hace unos días, en las calles de Madrid al respecto, aunque también expresaran otras inquietudes, pero existen millones de voces más repartidas por todo el mundo que lo gritamos a diario para que nadie pueda olvidarlo. No se puede robar a los padres el derecho a elegir para sus hijos que le hablen de Dios en la escuela. No es posible una enseñanza sin Dios en un país de mayoría católica como es España.

Esta es una época difícil. La pérdida de religiosidad galopante que no sabe ser sustituida está sumiendo al hombre en un estado de angustia que le abrumba el alma, pues los sucedáneos que le ofrecen no calman su sed de infinito y trascendencia. Olvidan que el hombre es un ser religioso; la religiosidad es innata en él; constituye en su vida un encuentro personal con el absoluto, el *inmortal anhelo* al que se refería nuestro poeta onubense Juan Ramón Jiménez. *El fuego, la fuerza ascendente que conduce a Dios* de la que hablaba San Agustín. *La posibilidad de las posibilidades* como pensaba nuestro filósofo Zubiri. Y esa aspiración no puede ser sustituida por nada ni nadie.

Y cuando se ha intentado reemplazar a Dios de nuestras vidas, resulta que ni la ciencia o el placer, ni la política o el deporte, ni el dinero ni el poder calman la enorme sed de infinito que posee el alma humana. En este tiempo se ha entronizado al Hombre en el altar de la Modernidad; ésta es la nueva religión de la época. En el fondo es un cambio de mito, un cambio de

religión, porque el agnosticismo, no lo olvidemos, funciona igualmente con connotaciones religiosas; es otra religión, una religión laica, aunque mucho más intolerante que cualquier otra. Donde antes reinaba Dios ahora reina un nuevo dios coronado: el hombre racional, el *homo technicus*, el *homo ludicus*. La Metafísica, la Cosmología, la Teología, han sido sustituidas por la Antropología lo que ha dado lugar a una espiritualidad desencarnada. Hay una gigantesca penuria de trascendencia, una desacralización de la vida que sume a la Humanidad occidental en la oscuridad y el desorden. Se ha perdido la perspectiva de lo sagrado. Religión es un vocablo cuya raíz es latina: *re-ligare*; es decir, volver a ligar, a unir, lo que nos ha sido amputado de nuestra esencia que reclama el infinito y no una vida sin esperanza, abocada a la nada, pues por muy racionales y técnicos que sean sus logros, por evidentes que hayan sido sus conquistas, algo suena hueco, vacío; la técnica moderna no colma ni sacia nuestras aspiraciones secretas. Por eso el hombre moderno no es feliz. Y por eso debemos recuperar el sentido de la vida y buscarlo en la religión, cuyo ámbito es lo sagrado, lo misterioso, lo trascendente. Para los que somos creyentes, la fe es más importante que la ciencia y además, como escribió *Clemente de Alejandría*, *la fe es el criterio de la ciencia*, la que le da sentido.

Pero los enemigos de Dios seguirán incansables el camino trazado. Llevan dos mil años ejerciendo de bomberos, intentando apagar los fuegos del espíritu sobre la faz de Occidente. Olvidan que ese fuego es como el de la zarza ardiente del Sinaí; una hoguera que no se consume jamás. Dictarán leyes, adormecerán conciencias, silenciarán voces públicas, captarán indecisos y tibios. Sin embargo, sus esfuerzos son baldíos, y mucho más en esta tierra que ha sido cristiana desde siempre y cuyo padrinazgo reside en una mujer alejandrina que hizo del conocimiento y la virtud un proyecto de vida. Ella, ofreció su cuerpo joven en holocausto para ser testigo de Aquél del que procede el Tiempo y el Espacio, del que nos llega el sentido de la vida, del que nos viene la eternidad. Por eso, aunque procuren silenciar su voz en nuestra sociedad, no lo van a conseguir. Jaén ha sido cristiana desde época romana, lo es ahora y el último jaenero que viva en esta tierra morirá, agradecido, pronunciando el nombre de su madre terrena, el de sus

patronas y el de la ciudad amada; noble forma de entregar a Dios su espíritu de jaenero y cristiano; es decir; de hombre de bien.

Pues fue en Alejandría donde se consumó el martirio de nuestra Santa Patrona. Gobernaba la ciudad, *Maximino Daia*, augusto que acataba ordenes del emperador *Majencio*, rival de *Constantino*, en una época confusa y decadente del Imperio Romano cuando ya se tambaleaba su deteriorada estructura. Cierta día en que Maximino había ordenado la ofrenda obligatoria de sacrificios a los dioses imperiales bajo pena de sanciones y castigos al que rehusara hacerla, la santa Catalina se negó al holocausto pagano enfrentándose con su elocuencia a un grupo de sabios reunidos por el augusto para hablarles del creador del mundo y de las leyes que gobiernan el Universo, rechazando dar cultos a los dioses imperiales. Estaba tranquila; su porte revelaba la serenidad que otorga la fe. En ella habitaba la gracia de Dios. Además, un ángel le había anunciado que recibiría la luz de lo alto para poder afrontar la prueba. Y es que siempre, aunque creamos que nuestras cualidades son nuestras, olvidamos que las hemos recibido únicamente como préstamo divino. Dios se sirve de cada uno de nosotros para que se realicen sus designios sobre la tierra. Esto lo deberíamos tener a diario presente, serviría para curarnos más de uno de nuestros arrebatos de soberbia y prepotencia.

Catalina fue encarcelada, pero había convencido al grupo de sabios de la existencia del Dios único. Muchos de ellos aceptaron sus razones y se convirtieron a la creencia cristiana, incluidos algunos de sus carceleros, o la propia emperatriz Faustina, hecho que indignó a Maximino que ordenó la muerte de la santa despedazada en un artilugio mecánico infernal; una rueda de molino con dos hileras de agudos clavos orientados en sentido contrario, que pretendían mutilar su cuerpo inocente, aunque, por milagro del cielo, el mecanismo de la misma saltó por los aires. Enfurecido, Maximino, la hizo decapitar a espada. De su tronco cercenado, cuenta la leyenda, no brotó sangre sino leche; color de la pureza de esa mártir que había defendido su fe con la palabra, por eso no es extraño que siempre se encomienden a ella los oradores, los filósofos, los profesores, los apologistas y los teólogos cristianos.

La piadosa leyenda recoge, asimismo, que el cuerpo glorioso de la doncella mártir fue elevado al cenit por ángeles celestes y conducido a las alturas del Monte Sinaí, el lugar del encuentro de Yahvé con Moisés para entregarle las Tablas de la Ley. Allí fueron descubiertos sus despojos, cuatro siglos más tarde y trasladados al monasterio situado al pie del gigantesco macizo granítico, lugar sagrado que se llamaba: de la Transfiguración del Señor, para tomar más tarde el nombre de la santa. Recinto eremítico fortificado con impresionantes murallas al pie de la ingente montaña donde se produjo el encuentro del Dios innombrable con Moisés, jefe del pueblo elegido. En este impresionante templo de la península egipcia, regido por monjes ortodoxos griegos, reposan sus restos en un sarcófago dorado, en el cual tan solo quedan su cabeza y un brazo, pues el resto fue a parar a distintos cenobios europeos en épocas de penuria de los monjes. Hasta allí se dirigían peregrinaciones de fieles atraídos por la fama de santidad de esta mujer de cuyo sepulcro, dicen, brotaba una luz brillante y misteriosa que atraía todas las miradas. En estas grandiosas soledades, al pie de la montaña sagrada, bajo el imponente berrocal, cuya cima, escalando las nubes, acaricia los limpios cielos del desierto, redactó *san Juan Clímaco* su portentosa obra espiritual *Escalera al Paraíso* que alcanzaría gran trascendencia durante la Edad Media. Seguro que Catalina inspiraría la mente del monje en su camino de ascenso hacia el cielo. Pensaba el santo que no se llega a Dios mediante esfuerzos de la razón sino por la adhesión incondicional del alma enamorada. En nuestros tiempos esto nos parece inconcebible pues hemos perdido el amor, y más que nada, el amor por lo divino, enfrascados como estamos en nuestros miserables mundos materiales de los que, no sabemos, no queremos o no podemos escapar con facilidad.

Hasta allí llegó el recordado *Papa Juan Pablo II*, en su peregrinación del año 2000, y, en la homilía que pronunció en la Iglesia del Monasterio, tuvo un recuerdo hacia nuestra santa patrona y habló de la revelación divina, que opera en nuestro mundo de forma misteriosa. *Es un Dios que está en el mundo - dijo - sin ser del mundo. Es el nombre que no es nombre: Yo soy el que soy. Es el abismo divino en que la esencia y la existencia son una misma cosa.* Y esas palabras del Papa resonaron por los roquedales plutónicos del imponente Monte Santo, sobre cuya cima, en

medio del fragor del trueno y la luz cegadora del relámpago Dios había establecido una alianza con su pueblo.

Parece ser, según la opinión de algún historiador, que la primitiva devoción de la ciudad a la santa procede de que aquellos caballeros jiennenses que anduvieron por Egipto y Palestina en las cruzadas conocieron, en los santos lugares, la devoción que se profesaba a la mártir alejandrina. Al volver a Jaén propagaron la citada devoción gestándose, a finales del s. XIII la fundación de la *cofradía de Santiago de los Caballeros y santa Catalina mártir*, es la opinión del historiador marteño y querido amigo, Manuel López Molina. *Los Caballeros cristianos a su dama*. Buen ejemplo para esta época tan escasamente caballerosa, en la que hace tiempo desaparecieron aquellos valientes paladines que daban la vida por las causas perdidas sin buscar beneficio de ello, y escasean las damas a las que rendir homenaje pues se encuentran en la lista de especies en extinción. Quedan pocas dulcineas y aún menos quijotes en esta época utilitaria, pragmática, hedonista, de egoísmos humanos, cegueras sociales y laxas conciencias personales. Época en que duermen todos los valores el sueño de los justos. Y el problema es que los han hecho desaparecer, sin sustituirlos por otros, con lo que han amputado traumáticamente la esencia del ser humano, han provocado un gigantesco desarraigo de lo divino que lo aniquila y le hace sufrir. Por ello, busca desesperadamente otros asideros, cualesquiera que sean, a veces, hasta degradantes de su personalidad. Limitada la fantasía del hombre también se ha limitado, sin él darse cuenta, su grandeza.

La devoción a Santa Catalina ya la profesaba el santo Rey Fernando, el conquistador de la ciudad al poder almohade. Difícil fue la toma de Jaén. Varias tentativas tuvo que acometer el rey castellano antes de hacerla cristiana. Ya en 1225, aliado con el señor de Baeza, *al Bayasí*, un musulmán rebelde a la autoridad africana, intentaron asediar Yayyan, aprovechando el desconcierto y la división que se había producido en el seno de las huestes del Miramamolín de al Andalus tras la derrota de las Navas de Tolosa, pero tuvieron que desistir, como igualmente sucedió cinco años más tarde, en que fuera de nuevo asediada Jaén durante tres meses, inútilmente, pues de nuevo debieron levantar el campo. Más Fernando era hombre de voluntad, firme y decidida, y le puso cerco por tercera vez, levantando

bastida en Jaén desde la que regía su reino. Siete largos meses duró el asedio. Meses calamitosos de frío, lluvias y vendavales jaeneros; de hambre y calamidades de los sitiados, cuyos mucines elevaban su plegaria al Clemente, al Misericordioso, dulce cantinela que sobrevolaba los crepúsculos de ensueño desde los afilados alminares de las mezquitas magdaleneras. Pero al final fue rendida y ocupada, previas capitulaciones. Ben Naser, el arjenero, que ya reinaba sobre Granada, tuvo que ceder y estableció pactos con el monarca cristiano en las que aceptaba el vasallaje y el pago de un sabroso tributo.

Y aunque esto parece ser que sucediera en Marzo, cuenta la leyenda que Santa Catalina se apareció al monarca y le hizo saber la próxima entrada en la ciudad, por lo que, en acción de gracias por haber facilitado la conquista de la ciudad, el rey castellano erigió una capilla cercana al castillo, para que todos los jaeneros pudieran rendirle tributo y pedir su protección en los momentos delicados de su vida.

Vieja devoción a Catalina de Alejandría en la ciudad. Tiene la misma tantos años como Jaén es cristiana tras la Reconquista. No puede decirse que es una pasión inventada. Ninguna muestra de religiosidad puede improvisarse. Ninguna cultura popular puede erigirse por decreto. O es espontánea o impuesta; si es impuesta es falsa, languidece con el tiempo. Si es espontánea, pervive aunque se la intente silenciar, o quizá, más por ello. Por eso la devoción a nuestra patrona no ha prescrito aún, aunque la mudanza de los tiempos, produjera, a lo largo de los siglos, momentos de auge y épocas de tenebrosas oscuridades.

El siglo XIV fue el momento en que los Dominicos, que habían fundado un Monasterio en Jaén, lo erigieron con el nombre de Santa Catalina Mártir, y en su capilla, cada 25 de Noviembre, tenía lugar una solemne fiesta en la que participaba el Cabildo Municipal, que acudía hasta allí en brillante, solemne y protocolaria Corporación para participar en el Oficio religioso y la posterior procesión claustral de la Santa. El acto revestía gran brillantez, haciéndose partícipe del sentir general de la ciudad que profesaba una devoción sin igual a la santa alejandrina. Los Munícipes eran acompañados por los caballeros veinticuatro y jurados de la ciudad que alumbraban en el cortejo y eran los encargados de llevar el palio en la

procesión de la Patrona, según nos contó minuciosamente en su documentado pregón romero, *Manuel López Molina*.

Y la ciudad entera se sumaba, la tarde de aquel día festivo, a las celebraciones populares en honor a la santa mártir, lo que nos habla del profundo arraigo que siempre ha tenido en nuestra ciudad la conmemoración de aquella que dio su vida porque no pudiera ocultarse la palabra de Dios. Muchas Santas Catalinas nos harían falta en esta época de flagrantes cobardías, de apostasías y tibiezas públicas, cuando a muchos cristianos les da miedo y pavor manifestar su fe por temor a ser considerados retrógrados, sin tener en cuenta que la única libertad posible es la fidelidad a uno mismo, y el único progreso consiste en anunciar lo que toda la Naturaleza proclama, lo que el Universo entero dicta cada segundo con su movimiento perfecto a través del tiempo y del espacio: *la existencia de Dios*. Lo dijo Juan Pablo II el día de su consagración en la Plaza de San Pedro: *No tengáis miedo*, y sus palabras resonaron con alegría en nuestro interior haciéndonos más fuertes, más seguros de nuestra fe. Esas palabras, son actuales, y yo os las repito ahora y me las recuerdo a mi mismo. No tengáis miedo en estos tiempos oscuros para la Iglesia. No tengamos miedo de confesar nuestra fe católica en medio de un mundo de relativismo feroz. No tengamos miedo de las descalificaciones, ni de las sonrisas irónicas o los gestos de burla. No tengáis miedo, porque ellos no saben más que nosotros, ni tienen nada especial que enseñarnos; *sus risas despectivas esconden muchas dudas internas; una insoportable carga de vacío*. No tengamos miedo a nada ni a nadie. Es un tesoro tener fe. No debemos temer por ello sino alegrarnos. Nuestra fe es nuestro mayor patrimonio. Si de verdad honramos a Santa Catalina, debemos imitar sus virtudes. Debemos ser valientes y gritar, sin herir a nadie con nuestro grito - que eso es lo cristiano - pero revestidos de fortaleza y confianza, aquella verdad que le costó la vida a nuestra patrona: Dios existe y da sentido a nuestras vidas. Él está por encima del dinero, de la filiación política, del avance de la ciencia, del influjo poderoso y muchas veces anestesiante de los medios de comunicación, del poder y del placer. Está por encima de los bienes materiales, más allá de modas y maneras cambiantes de vivir; por encima de progresos y regresos. El no cambia, es inmutable. Está presente en medio de nosotros, porque aquél pacto que se estableció en la montaña

sagrada del Sinaí, aún tiene vigor. Lo renovó para siempre, Jesús, Dios humanizado, muerto y resucitado, al cual podemos mirar cara a cara, anunciado por los profetas y testimoniado con la sangre de los mártires como Catalina de Alejandría, bajo cuyo manto se ampara esta ciudad cristiana que tiene como símbolo la Cruz salvadora anunciando eternidades desde la cima caliza de nuestro sagrado monte jaenero ¿A qué y a quién debemos temer? Dios ha borrado la palabra miedo de nuestra existencia? ¿Un jaenero con miedo a proclamar su fe, teniendo a la sabia Catalina como patrona, habiendo nacido en una ciudad cristiana y contemplando cada día la grandiosa Cruz de Cristo presidir, como glorioso símbolo, desde el alto mirador calizo los confines de nuestra tierra? ¿Miedo decid? Es imposible. Dios nos ha borrado el miedo a la vida y a la muerte. Dios no ha muerto. No debemos temer. Dios no ha muerto, ni podrá morir jamás. Fue Nietzsche el que murió hace tiempo. Dios sigue vivo y presente entre nosotros.

Pero los tiempos evolucionan y en siglos posteriores se adormecieron tales devociones. Tras la invasión francesa que exportó por toda Europa y nos trajo a España, a sangre y fuego, los supuestos valores de libertad igualdad y fraternidad – qué grandes paradojas tiene a veces la historia - soplaron malos tiempos para la Iglesia. Nada nuevo ¿verdad? Se cerraron los conventos jiennenses, fueron despojados de sus bienes los monjes y periclitó la antigua devoción a Santa Catalina.

Pero al mismo tiempo que la festividad religiosa tenía lugar en la ciudad, a lo largo de los siglos se hacía igualmente una fiesta en honor de la Alejandrina por las alturas del castillo de Santa Catalina. Era un día propicio para pasar, tras la Santa Misa, una jornada de asueto familiar, en la más puras esencias de las costumbres romeras de nuestra tierra, tradiciones que se pierden en los confines de la historia, y que tienen orígenes remotos, quizá judíos, como puso de manifiesto en su delicioso pregón del 98, *Emilio Lara*, otro querido amigo. Familias enteras participaban en la romería, en los actos religiosos y, más tarde, daban cuenta, hermanados y alegres, de las viandas preparadas en aquellas alturas serranas, en las que el aire es más puro y la vista de nuestros límites provinciales, sierra y campiña, olivo y tierra de calma, serena el ánimo y te hace sentirte orgulloso de haber nacido en este

rincón bético *donde el tiempo tiene tendencia a detenerse y empadronarse por estos pagos para poder saborear durante siglos su profunda belleza.*

El siglo XX comienza con un decaimiento notable de la popular romería serrana, pese a los esfuerzos de aquel gran prócer de la ciudad, *Manuel Ruiz de Córdoba*, que sufraga la restauración de la ermita de la Torre-capilla y la donación de una imagen de la Santa intentando galvanizar de nuevo el antiguo sentimiento religioso y romero hacia la Santa Patrona. Pero fue a partir de los años sesenta, aquellos años tan pródigos en lluvias y en ilusiones de despegue económico de la población, cuando un grupo de buenos jaeneros encabezados por Manuel Pestaña y José María de Vargas revitalizan la antigua cofradía y la devoción a Santa Catalina resurge de sus cenizas. Aquellos hombres, cristianos y amantes de nuestras tradiciones se reunían para trazar sus proyectos en la taberna Manolé regentada por un artista del baile flamenco, personaje devotísimo del Cristo de la Expiración, con cuya fotografía en las manos pasó sus últimos días en una habitación del Sanatorio del Nerveral. Manolé, castizo jaenero, cuyo recuerdo inolvidable está impreso en mi memoria: perfil aguileño, ojillos vivos, delgado como un junco, andares pausados, garbosos, de artista, de torero caro. Manolé, apunte pictórico del Jaén secular, cuadro de costumbres añosas cuando vestía la capa española y paseaba embozado en las tardes ventosas por nuestras estrechas callejas; estampa inolvidable que rememoraba épocas pasadas. Hombre que aglutinaba distintas tertulias al amparo de unos buenos chatos de vino manchego, y las tapas tradicionales de la tierra en su inolvidable local. Allí, en esa taberna enjundiosa del barrio de San Bartolomé, se renueva la fidelidad a la santa Patrona, y se sueña a diario con hacer resurgir la antigua cofradía. Y como soñar significa ya un cierto derecho a adquirir lo que se sueña, resurgió la esperanza, y se renovaron viejas devociones, comenzando de nuevo una etapa de pujanza que nos llega hasta el día de hoy. Y todo ello gracias al esfuerzo, amor a Jaén y a sus tradiciones religiosas de este grupo de hombres soñadores, que hacen renacer la romería de Noviembre, como recuerdo a aquellas viejas generaciones jaeneras que honraron a la Santa Patrona.

Y la Hermandad sigue su camino en la actualidad y crece cada año más la devoción a la Santa, y el esplendor de su romería serrana de

Noviembre. Pero ¡cuidado, cofrades! No traicionéis la esencia de nuestro sentimiento cofrade. Las Cofradías, de Gloria y de Pasión, están hechas para la mayor gloria de Dios, de María Santísima y de los santos y mártires, para mayor difusión y fortalecimiento de nuestra fe; para mayor gloria de la Iglesia de Cristo. Después de tantos años viviendo plenamente el mundo cofrade, se ha operado un profundo cambio en mí; he transmutado mi visión de los hechos cofrades. Creo que comienzo ahora a tener las ideas claras sobre este aspecto, porque a veces, todos nos comportamos como niños y jugamos alegremente a ser cofrades, a los santos en la calle, a exhibir nuestra colección de medallas, a hacer procesiones lucidas, pero huecas muchas veces, a las fiestas vacías, a un profuso muestrario de vanidades sin cuento, a las declaraciones altisonantes, sin darnos cuenta de la verdadera trascendencia que tiene nuestra misión en estos tiempos históricos de ataque a nuestra concepción cristiana del mundo. El cofrade es un católico comprometido que defiende a ultranza a su Iglesia de la que forma parte, y jamás puede dejar que se adulteren los contenidos de su devociones ¿Romería de Santa Catalina? Sí, por supuesto; responde a un espíritu lícitamente festivo y tradicional. Pero el fin de la Cofradía no es pasar un día de asueto entre las peñas y los pinos, sino fortalecer a los hermanos en la fe de Cristo por medio de la intercesión de la gloriosa Catalina que, por defender su creencia, nos hizo dignos de tal patronazgo. Romería: claro que sí; es una bellísima fiesta jaenera, que se desarrolla junto al castillo serrano desde donde se contemplan los más hermosos paisajes que puedan rodear a ciudad española alguna. Pero además de la fiesta, de la cesta de sabrosas viandas, de los largos tragos a una bota bien curada, además de eso, vida familiar y cristiana, presencia en la Parroquia junto a esos buenos oblatos de María Inmaculada, que tan admirable labor realizan en el barrio de la Glorieta ¿Cohetes y músicas, tambores y fanfarrias, caballos y banderas? Por supuesto, genuina alegría romera andaluza, expresividad de un pueblo, pero también, ayuda al desfavorecido, conocimiento de las verdades de nuestra fe, solidaridad con los que sufren a nuestro lado y a los que ignoramos por sistema ¿Risas y cánticos romeros, sahumeros de sardinas dorándose entre los rescoldos, dorada y gélida cerveza, chirris y pastiras que bailan bajo el sol los boleros de la tierra, vivas espontáneos a la santa, banderas que vuelan como palomas, guiones

agitados al aire? Rotundamente si: Belleza romera, esencia de siglos. Eso es Jaén, y es hermoso y conveniente alegrarse en el recuerdo de la Santa - la fe cristiana, es, ante todo, alegría del corazón - pero asimismo, a diario, brazos tendidos a quienes nadie acoge, manos abiertas que proclamen la paz, honor a nuestros mayores que nos dieron su vida y todo cuanto tenían para sacarnos adelante y ahora los dejamos pudrirse en residencias y asilos, cuando no en la soledad de una vivienda cuyas paredes se les caen encima recordando otros tiempos en que la familia, reía o lloraba, pero permanecía unida ¿ Flores e incienso, rasgueos de guitarras, aires populares, poemas rendidos a la patrona, actos protocolarios? si, todo eso es conveniente, pero, además, educación en la fe de nuestros hijos, atención decidida a su formación humana, asistencia a enfermos, perdón de las ofensas y además, sin pedir nada a cambio, que es lo cristiano. Eso y nada más que eso es ser cofrade, lo demás no tiene valor alguno si no fuera preludiado por lo que es básico, y cuando no está acompañado por esos valores, puede resultar hasta ridículo, infantil. Y, por favor, no continuemos haciéndole el juego a los agnósticos para seguir prostituyendo cada día, nuestras celebraciones religiosas. ¿Qué ellos son también jaeneros, que les gustan las tradiciones populares y vienen hacia nosotros en estos días romeros? Muy bien. Que vengan. Tienen derecho a ello. Y además, serán bien acogidos. La fiesta es de todo Jaén. Pero, los anfitriones somos nosotros, los cofrades, sin nosotros no existiría la celebración. Porque, nosotros, los cofrades, pese a nuestro amplio muestrario de defectos, a nuestras niñerías cotidianas, a nuestras luchas intestinas, pese a criticarnos ferozmente - pero con cariño, eso si - en nuestro mundillo, tenemos también valores, y uno de ellos es que somos generosos y acogedores, abrimos los brazos para recibir a todo el mundo. Serán todos acogidos con afecto pero les debemos recordar, con claridad y elegancia, qué significado tienen estas celebraciones festivas. Les debemos refrescar la memoria y decirles que el origen de estas fiestas y la verdadera razón de ser de las mismas, su único futuro es: su esencia cristiana. Y así, dejar las cosas claras. No es fácil ser cofrade. Yo se que no soy un buen cofrade todavía; me faltan años para lograrlo. Pero algunos no se dan cuenta de que no lo son después de tanto tiempo viviendo en el mundo de las Cofradías. El

deber de mi experiencia es recordárselo. Y no quiero presumir de nada. Soy el primero al que le quedan aún muchas cosas que aprender.

En los días de preparación del pregón he subido alguna vez hacia el monte santo del Castillo de Santa Catalina y me he sentido feliz al contemplar, ensimismado, el atardecer. Siempre me han emocionado las puestas de sol. Tienen una fuerza, telúrica y misteriosa, que conmueven mi alma. Los altos cielos jaeneros del ocaso son como dilatados libros de papiro, teñidos de tonos rosados, turquesas y anaranjados, sutiles pergaminos donde estampan los ángeles su firma por los confines del espacio, con los alargados trazos de sus gráciles plumas de terciopelo. El alma se serena y el tiempo se detiene al contemplarlos, mientras se adueña de mi esa misteriosa y ambigua sensación, mitad calma, mitad agitación que experimento cuando contemplo los crepúsculos, siempre iguales, y siempre nuevos, plenos de matices cromáticos, de mutaciones luminosas, de secretos anímicos que alumbran momentos intensos, plenos, de lucidez impensada. Y en nuestro Sinaí jaenero, en nuestro monte sagrado, al pie de la Cruz grandiosa, blanca y gloriosa, he rememorado estos días lo que significa para esta ciudad el patronazgo de la mártir Catalina. Y he soñado.... he soñado despierto. He podido oír su voz sin mancha hablando en griego del Dios infinito a la muchedumbre, entre los gestos de odio de los regentes de la ciudad. He visto su valentía de mujer – las mujeres, santas o no, siempre han sido y serán más valientes que los hombres – He visto y oído, la serenidad de su testimonio, la claridad de su mente, la elegancia de su palabra, su porte señorial, la belleza de su gesto delicado. He contemplado el color verde esmeralda del Mare Nostrum, las naves ancladas en el puerto alejandrino procedentes de países lejanos. He oído el bullicio de los descargadores del muelle, la algarabía de los vendedores ambulantes voceando su mercancía, los gritos destemplados de la soldadesca. Y he aguardado, confundido entre la muchedumbre, el dictamen de la intolerancia, compadecido de Catalina la sabia, la mujer de frágil cuerpo, preclara inteligencia y voluntad de hierro. Y más tarde ¡ ay dolor! Me han encogido el corazón las chispas de odio de muchas pupilas, los aullidos de la plebe que la condenaban al martirio, las palmotadas nerviosas y destempladas de los que la querían mal, de los que no podían soportar que una mujer les hablara con palabras elevadas del Dios infinito. Y, más tarde,

mientras crepitaba por los farallones rocosos de la Mella y Almodóvar el horno solar incendiando las cumbres lejanas, he contemplado con horror cómo brotaba un rojo surtidor de su garganta de nácar, rota por el filo de la espada; sangre que moja la tierra alejandrina y la riega con su generoso testimonio, sangre que, asimismo, fecunda el solar jaenero. Y he podido contemplar a los querubines y serafines hacer un traslado celeste llevando su cuerpo decapitado sobre unas parihuelas hechas con el blando algodón de las nubes sobre las que florecían, a su paso, los ramos de lirios vespertinos, mientras las rosas de fuego que preludian la noche eran las plañideras de un día que agonizaba precipitado hacia el ocaso, últimas ofrendas de un sol que se ocultaba, apenado por dejar, tan solo por unas horas, la vista panorámica de su ciudad preferida, de ese harén con luz de sol donde cautivo se deshoja el corazón. Y me he vestido de luto para asistir, arrebatado, al entierro de su cuerpo torturado entre las rocas graníticas del Monte donde acampó Dios, mientras se cernía la noche, profunda señora de manto bordado de estrellas azules y remotas, alfileres de plata que fijan los caminos sin nombre de las galaxias lejanas. Y he podido estar al lado, viajando en un tiempo enloquecido, de los altivos caballeros jiennenses que oían, extasiados y agradecidos – como hacen los verdaderos caballeros - la historia de Catalina la mártir, mientras brillaban sus pupilas en una tempestuosa borrasca de amor y fe. Y los he visto bordar sobre su camisa guerrera la rueda del tormento, la palma, señal de su martirio, y la espada de su tortura, y grabarlo a fuego en su escudo de armas. Y les he oído vocear el nombre de su dama - como han hecho siempre los caballeros - al mismo tiempo que pronunciaban el de su otro amor: la tierra amada hacia la que cabalgaban con ansiedad después de tantos años de miserias. Y al avistar la ciudad donde nacieran, los he visto, descabalgar ágilmente, hincar la rodilla en suelo jaenero, poner su mano sobre el pecho, a la altura del corazón - como siempre han hecho los caballeros, que en estos tiempos, tan solo ponen la mano en su bolsa - y jurar por su honor defender por siempre a Jaén de sus enemigos. Sueño y sueño y sigo soñando,,, y, mientras, la ciudad donde nací, la primera jaenera, gentil sultana favorita del amor, yace a mis pies, dormida entre las brumas del tiempo, como una princesa de las Mil y una Noches, eternamente hermosa, bañadas sus costas por un glauco océano de olivos y trigales,

protegida de los malos vientos por las imponentes montañas azules de sus alrededores que siempre la han sabido arropar de los malos presagios a lo largo de su dilatada historia. Y he oído cantos de ángeles en un mundo en que ya casi nadie mira al cielo para oírlos cantar, y por eso no los puede oír. Y he asistido a la misa del gallo, a lo largo de los siglos, en la Iglesia de Santa Catalina, junto a la Basílica de la Natividad de Belén ¡Qué hermosa advocación, la de nuestra santa para la iglesia franciscana aneja al lugar del nacimiento de Cristo, el niño Dios por cuya palabra ofreció Catalina su sangre fértil ! He soñado, soñado despierto junto a la Cruz del castillo roqueño, junto a los estratos calizos cretáceos atormentados por la dura geología alpina. Y he pensado ¡cuántos sueños de sus moradores se habrán desarrollado en este mismo lugar! ¡Cuántos recuerdos, cuántas lágrimas mal disimuladas corriendo por el clavel de sus mejillas ! ¡ ¡Cuántas oraciones musitadas por labios jaeneros, reseco por el viento, señor de las alturas!. Dios mío ¡qué difícil es a veces vivir, y qué fácil, sin embargo, soñar! Pero la cura de un soñador no es soñar menos, como puede alguno pensar, sino hacerlo eternamente, para conseguir plasmar esos sueños, y, alumbrar la verdad y renacerla hasta que quede recreada y viviente delante de nosotros, pues, lo que no es soñado previamente, jamás puede materializarse, y la verdad está al alcance de todos, pues la verdad no se enseña en la facultades, ni en ningún foro, político, social, académico ni económico, como muchos ingenuos piensan: esas son pequeñas y convencionales verdades de consumo cotidiano. La auténtica Verdad, la verdad más verdadera, está escrita en el interior del hombre. Tan solo hay que mirar con atención y amor dentro de uno mismo para poseerla.

En este domingo de Jesucristo rey del Universo que abre las puertas del Adviento, acabo de asistir a la Eucaristía presidida por nuestro Obispo, en el Seminario, reunido con todas las Cofradías de la Diócesis, y ahora os he hablado de Catalina la mártir que dio su vida porque ese reinado se afanzara en la Tierra. Seguid su ejemplo, cofrades. Os pido que la honréis como merece, que acudáis a sus cultos en la parroquia que rige una comunidad entregada que preside el padre Ventura, y recéis por Jaén, por la paz de vuestras familias, por la pervivencia de la fe cristiana en nuestro mundo. Y el viernes, con ella hacia el Sinaí jaenero, llevando en volandas su cuerpo

glorioso hasta la explanada del Alcázar que lleva su nombre, para honrarla como merece y darle culto en ese lugar elevado, anfiteatro de los sueños, donde los aires son más puros y se está más cerca de Dios. Y después, alegraos de la festividad, compartid con vuestras familias un día feliz entre los riscos, mirando con orgullo los dilatados confines de nuestra provincia, sin duda, la más bella y variada de España. Y disfrutad del buen vino y de las sardinas de escamas de plata y de esas aceitunitas moras que han madurado agradecidas bajo la luna de Noviembre, juguetona y clara, la que en la plazoleta de los olivares a las cuatro esquinas jugando se encara con los fandanguillos y las soleares como diría aquel poeta jaenero de feliz recuerdo, Jose de la Vega. Disfrutad, cofrades jaeneros de vuestras familias, que es vuestro mayor tesoro en unos tiempos en que pretenden desarticularlas. Saciaos con las migas, los chorizos o el arroz caldoso de la tierra y dad buenos toques a vuestra botella de vino de Bailén, de Torreperogil o de la Mancha. Pero enseñadles a vuestros hijos, con paciencia y amor infinito, que la Romería de la Santa no es una excusa fácil para emborracharse entre los pinos. Es mucho más que eso. Es el recuerdo de un testimonio de fe cristiana. Es la sangre de los mártires que nos limpia de nuestras miserias y nos enseña a ser más justos en un mundo de injusticias. Es además, el amor de una ciudad por su historia, la fidelidad de un pueblo a su raíces ancestrales. Si, el amor, el peso del amor jaenero que excede toda medida. Y si la prensa, la televisión o los planes de enseñanza no les quieren enseñar esos valores, enseñádselos vosotros, familias cofrades, familias cristianas, familias jaeneras, porque si no lo hacéis así, nunca sabrán valorar la verdadera esencia de nuestro vivir cotidiano. Enseñadles a ser justos entre tantas injusticias solapadas, a ser verdaderos y limpios en un mundo de hipocresías, a ser fieles a si mismos en medio de las traiciones, a ser cristianos entre gentes sin valores, a ser íntegros en un mundo corrompido, y, aunque esa honestidad les acarree el infortunio, enseñadles que es mucho más noble y valioso no llegar a ser nadie importante, ni rico, ni conocido, ni aplaudido, ni valorado, pero al menos, ser sencillo fiel, honesto y auténtico. Y vosotras, madres cristianas, madres cofrades, madres jaeneras, esforzadas y valientes madres de esta tierra que no solo trabajáis fuera de vuestras casas sino que, además, lleváis el peso del hogar y la educación de vuestros hijos, os pido que le

transmitáis la fe cristiana, vosotras sois la salvaguarda de la fe, porque todos hemos aprendido los rudimentos de nuestra creencia de labios de nuestra madre. Hacedlo día a día, no sabéis hasta que punto vuestra misión es primordial, para que el recuerdo de Santa Catalina sea eterno en esta ciudad cristiana. Y el Viernes, cofrades jaeneros, disfrutad de la romería serrana y gritad con alegría por las alturas serranas: ¡Viva nuestra Santa patrona!, y ¡viva mi tierra jaenera! Y que el eco de vuestro grito acaricie los peñascales mellados y conquiste los aires, estremecido, anunciando por los rutilantes caminos de la mañana vuestro inmenso gozo por ser cofrades y por haber nacido en esta tierra sin igual. Os aseguro que la santa Catalina estará en vuestro grito, celebrará la romería con vosotros, a vuestro lado, aunque no podáis verla sino con los ojos del corazón, que son los auténticos. Ella pedirá a Dios que se cumplan todos vuestros deseos e intercederá por vosotros y estará a vuestro lado en los malos momentos de la vida. Y alegraos jiennenses: tenemos dos patronas. La Gloriosa Virgen María, nuestra madre Capilla, que dentro de un mes parirá en un establo al Dios humanizado, aquél con el que vino en celestial procesión a Jaén, una noche hechizada de primavera para bendecir por siempre nuestra tierra y a esta Santa Catalina, la virgen, la mártir, la mujer delicada y valiente, la flor de pureza, la sabia, la elocuente, la testigo de Cristo, la dama eterna de los caballeros jiennenses que han sido y serán, la patrona de nuestros estudiantes y el modelo de todos los cofrades gloriosos que amáis esta ciudad de bien y que habéis conseguido, con vuestro esfuerzo y dedicación, que su patronazgo esté vivo y palpitante en unos tiempos tan oscuros, tan confusos y mediocres. Seguid luchando por ella y por Jaén. Se que lo haréis. No dejéis morir nunca en nuestra ciudad amada la devoción a Santa Catalina. Que Dios os bendiga por eso. Y, ahora, llevad vuestra mano a la altura del corazón y gritad conmigo: ¡Viva Santa Catalina ! y ¡ Viva por siempre la ciudad de Jaén, cristiana y eterna !

Muchas gracias

Ramón Guixá Tobar.

Jaén, 20 de Noviembre de 2005.

,